

EL HOMBRE DE LAS 20.000 CITAS DE AMOR



SINATRA

DIA Y NOCHE

Por KURT SINGER

**III CANTANTE
CONTRA
TORERO**

LA persecución de Ava Gardner va a convertirse en la mayor persecución de la mujer de todos los tiempos; del siglo, al menos. Millones de norteamericanos siguen las peripecias con tanta pasión como si hubieran apostado dinero sobre esta carrera extraordinaria. A decir verdad, ciertas personas apuestan con seguridad que Frank no atrapará al más bello animal del mundo. Olvidan que el

SIGUE

SINATRA

«el Rodolfo Valentino del cine hablado» y tuvo más entusiastas que los que tendrá jamás un Elvis Presley: «Sinatra canta con las caderas... sus ojos aparecen dilatados. ¿Es por el sentimiento o por el vacío absoluto?»

Jadeando como un perrito que corre atado a una carreta, Frank tiene al menos la ocasión de compartir algunas comidas reconstituyentes con Ava en los restaurantes de Londres. La llegada imprevista de su rival Mario Cabré, el torero romántico, parece afectarle todavía más que todos los ataques de la crítica. Piensa más en batirse con sus posibles rivales que en boxear con los periodistas. Deja escapar su «estrellas» para ganar su «stars». Lejos de desanimarse, se ve tanto más atraído cuanto que ella tiene un temperamento análogo al suyo, es decir, más contradictorio que conciliador. Para el cantor-trovador el amor triunfará sobre todos los obstáculos.

Se vuelve agresivo. Se niega a interpretar las canciones nuevas que se le ofrecen. Denuncia una conspiración contra él. Rompe sus contratos bajo el pretexto de que se le obliga a cantar sucedáneos despreciables como «Los tres peccecitos» o «Abre la puerta, Ricardo». Está en guerra constante con el director artístico de la Columbia, Mitch Miller:

—Daos cuenta —confía a sus amigos—: Miller no se interesa más que en meter ruido. Un día me ha dicho: «Frank, vamos a hacer una grabación con una tabla de lavar».

Acaba enviando un telegrama amenazatorio en el que reclama la apertura de una investigación judicial sobre «los obstáculos puestos a su libertad creadora por un rabioso trust de la televisión». En aquel telegrama gigantesco acusa: «Antes de que el señor Miller entrara en escena, yo escogía libremente mi repertorio y todas mis canciones tenían éxito. Desde que monopoliza los programas, mi carrera ha empezado a declinar. He pre-

ferido antes que proseguir una batalla perdida por anticipado, buscar en otra parte mi inspiración».

Miller responde que Sinatra ha grabado más de un 95 por 100 de obras de fuente distinta que el pretendido trust. «Frank es siempre un gran artista —dice—. Si su carrera ha sufrido un eclipse, que se pregunte más bien si sus asuntos sentimentales no habrán influido en algo».

accidente en la capital del divorcio

En Nueva York, los que fueron los primeros en llamarle «la Voz» le designan ya con el mote poco halagador de «el graznido». Su tensión nerviosa, sus dolores de garganta han dado la razón a «la vieja magia negra». Es el período de las vacas flacas. Un proyecto de espectáculos para el cual llevaba tres años contratado, es abandonado. Ya no se teme sólo la nota discordante, sino también las llamadas telefónicas imperiosas de Ava.

Una tarde abandona momentáneamente la escena porque la estrella le amenaza con romper para siempre si no coga el teléfono. No reanuda su canción interrumpida hasta un cuarto de hora más tarde. Imagínese el efecto sobre el público.

Desde entonces, Sinatra ya no intenta justificarse ni defender sus intereses profesionales. Yo no oculta que lo único que le interesa en el mundo es vivir al ritmo de la inalcanzable Ava. Es la odisea de los tiempos modernos por tierra, mar y aire. Hay encuentros emocionantes, persecuciones de novela policíaca, rupturas espectaculares.

En Los Angeles, un gran avión norteamericano espera, con los motores en marcha, a la pareja que intenta escapar

a la persecución de los fotógrafos. El aparato tiene que retrasar cinco minutos su despegue y cogernos «en vuelo». La cosa sucedió como si Frankie librara a la mujer de unos enemigos.

Después de hacer escala en México, llegan a Acapulco, donde son invitados de un hotelero casado con una estrella. Allí Ava rinde sus armas. Se les encuentra tiernamente abrazados en el balcón del departamento de Frankie. Se establecen en Reno. Sinatra espera las seis semanas de plazo legal para divorciarse. Da con Ava largos paseos en barca. Un día la embarcación zozobra y los dos quedan calados. Nueva disputa tormentosa y días más tarde Frank es hospitalizado. Ha ingerido una dosis demasiado fuerte de somníferos. Algunos susurran la palabra «suicidio».

¿Depresión o comedia? No se sabe. Sin embargo, al día siguiente de pronunciarse su divorcio, el primero de septiembre de 1951, Frank y Ava toman el avión de Filadelfia y el 7 de noviembre la larga caza termina: el más bello animal del mundo se convierte en la segunda señora Sinatra.

El Dago ha sido buen cazador, pero a un precio demasiado alto: su salud y su carrera. Como domador, fracasará. Los leones de la jaula van a pasarse el tiempo arañándose mutuamente y reconciliándose. Saltos de humor, relámpagos de celos, bruscas reacciones de enamorados; su vida no es más que una serie de explosiones. Hay entre ellos una viva atracción física. Pero no pueden ponerse de acuerdo sobre ninguno de los otros temas que condicionan la armonía de una pareja. Ninguno de ellos cede una pulgada aunque Frank se preocupa realmente más que su compañera por el éxito de su matrimonio.

Uno de sus amigos íntimos explica así la actitud de la mujer: «Ava lo lleva en la sangre. Ganar y siempre ganar, cono-

caballero tiene la cabeza dura y no sabe declararse vencido.

En España, Ava ha alquilado una casa en Tossa. Cuando Frank se reúne con ella, Ava tiene como asiduo invitado al torero Mario Cabré. Pero el don Juan de Hollywood tiene argumentos sin réplica. Entrega un estuche en el que brilla un collar de esmeraldas de 10.000 dólares y se quita la chaqueta para enseñar los músculos. El matador desaparece rápidamente sin otra forma de combate. La Voz ha vencido a la Espada.

Confortado con este éxito, Sinatra, de nuevo en plena forma, vuelve a tomar el avión de Hollywood, rueda algunas secuencias y desembarca en Nueva York para aparecer en un espectáculo televisado que dirige Bob Hope.

Ava parte para Londres. El Dago salta al primer avión para reunirse con ella. Alquila un departamento próximo al de la estrella y concierta un contrato de dos semanas para presentarse en el Palladium. Todos los cumplidos son para ella, todas las críticas para él. La prensa británica está verdaderamente desatada. El crítico del «Daily Express» trata a Sinatra de embajador del culto al «emiserialismo».

«Su canción «Ya no sonreiré más» —escribe— es una historia deprimente para un público ingenuo. Su rostro demacrado, sus rasgos cansados, su aspecto abrumado, le convierten en mascota de las almas de cántaro.»

El «Daily Mail» se muestra todavía más feroz contra el que fue, en 1942,



Ava alquiló una casa en Tossa de Mar mientras duró el rodaje de «Pandora». Cuando Frank Sinatra se reunió con ella, Ava tenía como asiduo y constante invitado a Mario Cabré.



En este maletín, Frank Sinatra guardaba el argumento decisivo que le haría vencer a su rival Mario Cabré: un collar de esmeraldas de diez mil dólares. El torero se retiró y Ava y Frank pasaron una temporada juntos.



Sinatra, al divorciarse trimonio: «He sido mi única persona que verda



El papel de Maggio en «De aquí a la eternidad» fue la gran oportunidad para Sinatra. Se encontraba entonces en un momento peligroso: su prestigio como cantante declinaba vertiginosamente y gracias a esa interpretación dramática —por la que le concedieron un Oscar—, volvió a situarse en primera fila en una nueva profesión.



de Ava, resumió así su tumultuoso matrimonio: «He descubierto que la deramente puede herirse soy yo mismo».

cer sin cesar nuevas victorias para demostrarse a sí misma que sigue siendo plenamente mujer y que no está reducida a un papel de muchachitas mediocres.

El doctor Paul Popenoe, director del Instituto Norteamericano de Relaciones Familiares, da su diagnóstico:

—Frank había perdido su cotización como cantante cuando se casó con Ava. Entonces le despegaban vivo, estaba perpetuamente a la defensiva. Hay que decir que no estaba preparado del todo a aquella prueba. Hasta entonces estaba acostumbrado a recibir de las mujeres la más viva adulación. Las «bobby-soxers» le lanzaban clamores de adoración y su primera mujer construyó todo su universo alrededor suyo. Era, pues, muy deprimente para él encontrarse siendo esposo de una estrella número uno cuya carrera estaba en plena ascensión y amenazaba eclipsar la suya.

good bye, mr. sinatra

Apenas un año después de su boda, el 21 de octubre de 1952, en Palm Springs, cuyo ambiente le recordaba su antiguo poderío, Frank vuelve a vivir bruscamente las grandes cóleras del Dago. Habían ido a ver unas corridas de toros en Taigriana, en compañía de Lana Turner, a quien invitaron en aquella ocasión a pasar el fin de semana en su casa. Estaban también la hermana de Ava, Bea, y Ben Coke, el representante de Lana y Ava.

La atmósfera estaba ya cargada de electricidad cuando Frank sorprende a las dos estrellas en la terraza haciendo juntas, como dos cómplices, el balance de sus experiencias conyugales. Les oye comparar sus puntos de vista sobre Artie Shaw, el director de orquesta que ha sido marido de las dos sucesivamente.

La medida llega a su colmo cuando examina con un tono que le parece frívolo su propio caso, comunicándose entre ellas detalles íntimos. Salta sobre ellas como un loco furioso derribándolas todo a su paso. Les llama de todo y las conmina a abandonar inmediatamente el lugar. Los gritos y el estrépito son tales que la policía es avisada una vez más.

Unos días más tarde se tiene la sorpresa de ver a los Sinatra tomar juntos el avión de Africa. Ava es esperada allí para el rodaje de «Mogambo» y había avisado que iría sola. Pero la tormenta había variado la situación. El 7 de noviembre, día del primer aniversario de su boda, asisten del brazo a una gran manifestación del Mau-Mau. Vivirán una segunda luna de miel ante los ojos de Clark Gable y Grace Kelly, con quienes muchas veces comen. Pero, desgraciados o enamorados, entre ellos todo empieza y acaba con disputas. Y cuando parten para dar un paseo, al ir o al volver se oyen gritos.

Con este tren, Frank está roto de cansancio. Es la sombra de sí mismo. No tiene trabajo y vive de lo que cobra su mujer. La radio y la televisión no cuentan ya con el cantante. Los norteamericanos le dicen con soniquete:

—Adiós, señor Sinatra.

de aquí a la eternidad

Durante el rodaje de «Mogambo» en Africa del Sur, mientras Clark Gable está bajo los focos entre la morena Ava y la rubia Grace, futura princesa de Mónaco, se ve sentado en un taburete en un rincón a un hombre cuya delgadez asombra en comparación con el espectáculo de la fuerza resplandeciente de las

tres estrellas de la película. Es Sinatra, el ex ídolo de las «bobby-soxers».

Lee novela tras novela. Un día acaba de terminar «De aquí a la eternidad». Se levanta como si hubiera sido llamado para representar un papel. Ha descubierto en el libro un retrato de hombre lamentable, herido por la vida, el soldado Maggio, el pequeño italiano mártir, triste víctima de un sargento brutal. Por la noche, con los ojos brillantes de fiebre, habla de la novela con entusiasmo a Clark Gable:

—Columbia ha adquirido los derechos —le dice el inolvidable seductor de «Lo que el viento se llevó».

—Quiero representar el papel de Maggio.

—Pero no creo que Maggio cante —bromea Gable.

—Eso no me impide comprender el personaje. Si obtuviera ese papel podría, literalmente, meterme en su piel.

—Pues bien, ¿a qué esperas?

Sinatra le coge la palabra y salta al primer avión. No ha olvidado su nuevo libro de cabecera. Ha releído diez veces la historia del pequeño italiano. Siente que su oportunidad de volver a la superficie se encuentra en ese hombrecillo patético. Hace dos años que no ha participado en ninguna película. Necesita un retorno sensacional.

la muerte de maggio resucita a frankie

El productor de la película, Buddy Adler, está en pleno trabajo de preparación. Frank le visita en los estudios de la Columbia. La recepción es más bien humillante. Pero el muchacho de Hoboken se traga su orgullo y se aferra

obstinadamente a lo que considera como su última oportunidad. Adler no cree en el talento dramático del cantante sentimental en decadencia. No es más que un «animador» y para la película Hollywood quiere un actor que tenga cartel.

—Hemos pensado en Elie Wallach para representar a Maggio —dice fríamente a Sinatra.

—Un instante —replica éste—. No creerá que vengo en avión a mi costa desde el fondo de África para pasearme por los aires. Hágame una prueba. Siento el papel de los pies a la cabeza.

—¿Por qué le interesa tanto? —pregunta Adler sorprendido por tal ardor.

—Escuche: sé que soy ese pequeño desgraciado. Maggio soy yo.

—Perfectamente, usted gana. Estudie el papel. Haremos el ensayo mañana.

El productor piensa así librarse de Frank.

—Conozco el truco —responde Sinatra—. Vamos ahora mismo.

Y representa la escena en que Maggio sacude los dados en un salón de Honolulu y en seguida aquella otra en que se le encuentra apedreado cerca del hotel Royal Hawaiian.

Por la noche recibe un telegrama de Ava en el que se le comunica que la actriz ha sido afectada por un ataque de fiebre en la jungla. Más tarde ella dirá que se trataba de un aborto. Vuela inmediatamente para Nairobi. Dos días más tarde recibe un mensaje telefónico de Columbia. Adler ha visionado su prueba y le da el papel. Se le contrata por 8.000 dólares pero a Frank los honorarios le importan muy poco. Estaría dispuesto a jugarse hasta su última camisa por esta película que puede salvarle.

El resultado desconcierta a los observadores más competentes. Por aquella sola actuación, se revela como uno de los mejores actores del momento. El éxito de «De aquí a la eternidad» es fulminante y no sólo se saluda al fantasma que vuelve, sino que se habla de milagro. En 1954, Maggio vale un Oscar a su intérprete. A partir de entonces, la

segunda carrera de Sinatra comienza y va a reconstruir su imperio con y sin Ava.

Poco tiempo antes de recibir su recompensa, Frank había vuelto a encontrar a su mujer en Londres y habían viajado juntos a Europa, pero desde su regreso a Nueva York viven cada uno por su lado en dos hoteles diferentes.

frankie madura su estilo

Tres meses más tarde se reúnen de nuevo en Madrid, pero Ava se eclipsa pronto y se va a Roma para posar ante un escultor en arriendo que ningún marido admitiría. Afortunadamente, el trabajo impide que Frank arme un escándalo en la Ciudad Eterna. Se le espera en California para rodar «Juventud del corazón». Después de lo cual se siente lo bastante seguro de sí mismo para volver a la canción. Practica su repertorio en Las Vegas.

En lugar de contonearse, como antes, prepara sólidamente sus interpretaciones. La crítica nota su nuevo estilo. «Ha perdido su gesto de viejo adolescente, «la Voz» ha adquirido una tonalidad de jazz». Canta como para sí mismo sus baladas nostálgicas, con gran sobriedad, y el público siente una vez más «aquella vieja magia negra». Miles de norteamericanos se dicen lo que han leído en el «Times»:

—¿Ha oído usted «La Voz»? Hay en ella una especie de rudeza metálica, como si estuviera tallada en un diamante y puede transportar a uno desde el más azul celeste a las llamas más ardientes con un arte sutil y fascinador...

Un choque terrible está a punto de comprometerlo todo. Saldrá de él si no curado, al menos libre.

Cuando la película de Ava «Mogambo» se estrena en el teatro Egipcio, Frank hace un raid a Palm Springs y telefona a Ava para decirle que la vida es bella. La réplica es fulminante:

—He pedido el divorcio.

—Ava le ha matado —dicen todos sus amigos.

En el avión que le conduce a Nueva York para cumplir un contrato en un club nocturno, Sinatra se derrumba agotado. Le hospitalizan a su llegada. Entre el asombro general se restablece rápidamente y rueda película tras película. «El hombre del brazo de oro» es un éxito

monstruoso y la televisión se lo disputa a Hollywood a golpe de millones de dólares. Se comprometen tres millones de dólares en un espectáculo cuya estrella ha de ser él.

"he sido mi peor enemigo"

Ava se da cuenta de que él se aparta cada vez más, tiene a su vez miedo de perderle y retrasa el procedimiento judicial. El divorcio no se pronunciará hasta veintitrés meses más tarde, en Méjico, en julio de 1957. Durante el verano de 1956, Sinatra rueda «Orgullo y pasión», con Sofia Loren, en Madrid. Ava alquila una finca con la esperanza de convertirla en escenario de su reconciliación. Vana ilusión porque su marido parece encontrar muy agradable la compañía de la cantante Peggy Connelly, con la que se exhibe por todas partes. El mismo Frank pronunciará la oración fúnebre de aquel matrimonio tumultuoso: «He sido mi peor enemigo. He descubierto que la única persona que verdaderamente puede hacerme daño y herirme mortalmente soy yo mismo».

Es decir, que ahora ve a Ava como una simple mujer y que ella ha perdido su poder mágico sobre él.

Todavía hoy, Ava, si hay que creer a sus amigos, gusta de encerrarse en una habitación para escuchar los discos de Sinatra. Lo mismo hacen, por lo demás, otras «mujeres de su vida», entre ellas Anita Ekberg, Marlene Dietrich, Lauren Bacall, Mary Sinclair... Cuando el pequeño italiano se va, no se le olvida fácilmente y si las más orgullosas no se entregan a confesiones públicas, como Shirley van Dike, que antes de entrar en una clínica por abuso de somníferos declara: «Al cabo de catorce años estoy harta de estar enamorada de Frank Sinatra», si pronuncian a veces antes sus íntimos una palabra nostálgica sobre el cantante.

¿Cuál es el secreto de este don Juan? Las opiniones son contrarias. Las hay tantas como víctimas. La conducta de Sinatra varía según las mujeres que acompaña. Obra a veces como un caballero y a veces como un burlador. En ocasiones deja a bellísimas mujeres encender ellas mismas sus cigarrillos o las abandona en la mesa para ir a charlar con un conocido. Pero siempre encuentra defensores: «Es siempre un caballero y

un hombre de gusto. Advierte siempre el menor detalle de indumentaria. Le gustan los matices pastel, los pendientes, las perlas. Sabe hablar con las mujeres de política, de gran música y de arte español».

Cierto rencor caracteriza las palabras de sus antiguos flirts: «Se cree que todo le está permitido con su dinero. Tiene una manera irritante de mirar a su alrededor cuando llega a un cocktail para localizar a la mujer más bella. Cree que le basta decir «¡Eh, esa de ahí, ven aquí!» para que ella se le rinda».

Sin embargo, no son los regalos que pueda hacer lo que explica su cartel con las mujeres. Kim Novak no vaciló en volver la espalda al hijo de Trujillo para reunirse con Frank en su yate. Y sin embargo, el «play boys» de la República Dominicana la había cubierto de regalos de los más suntuosos y le había prometido mucho más.

En treinta años se estima que más de 20.000 estrellas, estrellitas, bailarinas y modelos han tenido citas con Sinatra. ¿Hay que inscribirlos a todos en su cuadro de caza? Naturalmente, no. ¿Cuántos entonces? Es imposible fijarlo porque sus amigos en general contienen bien sus lenguas. Hay los grandes ídolos, las grandes favoritas y las series. Por ejemplo, durante el rodaje de una película, Frankie inscribió a la puerta de su camerino los nombres de las muchachas más a la vista de Hollywood y los iba tachando a medida que las conquistaba.

Hay que contar también a todas las muchachas conocidas o desconocidas que tenían el nombre de Frank en sus cuadernos de direcciones. Es imposible censarlas. De vez en cuando un incidente permite alargar la lista. Así, Liz Reyay tenía el número del teléfono de Frank en su cuaderno de teléfonos y no se supo hasta que la policía fue a detenerla en 1959 por falso testimonio.

PROXIMO CAPITULO

IV SU SEGUNDA CARRERA TRIUNFAL



Una de las más populares fotografías que atestiguan la felicidad de la pareja. Si durante seis años de relaciones hubo momentos borrascosos y otros más alegres, luego, al sobrevenir la separación, Ava y Frank han sido —y lo siguen siendo todavía— muy buenos amigos.